

de nuestras juventudes. En una palabra, mi mejor deseo es que, vosotros, alumnos de la Económica, saqueis en claro algo más que yo, que no pude obtener, cuando de chiquillo venia a esta casa, más que un diploma de tercera clase, otorgado, según creo, porque también ser el último debe tener su mérito; y que vuestra disposición artística vaya más lejos que la que demostré en unos feos dibujos arquitectónicos—tres palmetas griegas, si mal no recuerdo—que sirvieron, eso sí, para que cierto estudiante amigo los presentara tramposamente en un Instituto y obtener a duras penas el aprobado. Dios me perdone haber sido cómplice del falso testimonio que el apurado compañero levantó a sus aptitudes artísticas, presentando como suyos unos diseños pintarrajados sobre un papel “marquilla”, traslácido a fuerza de tanto atormentarlo con la goma de borrar, mejor y más asiduamente manejada que el lápiz compuesto.

